

La vida universitaria en Italia

Por ARTURO FARINELLI

(En *Umanità*. Milano, ed. Corbaccio, 1925)

La aparición de una nueva obra del autor de *La vita è un sogno* y de la *Franche parole alla mia nazione*, implica siempre, por lo menos para quienes conocen la producción anterior del gran maestro, la certidumbre de una lectura provechosa, rica en toda clase de sugerencias útiles.

En su último libro, impreso recientemente con el más apasionante de todos títulos: *Umanità*, junto a otros ensayos, Farinelli incluye la disertación sobre la vida universitaria italiana que traducimos más abajo.

Pronunciada por él, en lengua francesa, en la *Fondation universitaire* de Bruselas, en junio de 1923, esa disertación se publicó luego en el *Bulletin du Cercle des Alumni* de dicha institución. Reimpresa ahora en las páginas de *Umanità*, ella trae, a manera de prólogo minúsculo, la siguientes palabras que la explican: « Come io, fedele ai principi che propugno e al vangelo delle *Franche parole*, vagheggiassi e ideassi, libera e forte, col più ampio respiro di vita, l'università nuova, può vedere chi legge queste pagine e le confronta con le disposizione e i regolamenti per le università che ci sorpresero nel turbinare delle generali riforme alla Minerva di Roma ».

Si a nuestra vez volvemos a desencajarla del marco insustituible que le presta ese libro — especie de salmo fervoroso a la paz uni-

versal, a la amistad y a la cultura — , es porque creemos que éstas, como tantas otras páginas del mismo autor, merecen la más decidida difusión.

Según suele ocurrir en los trabajos de Farinelli, la materia de su discurso traspasa con frecuencia la frontera ideológica que marca el título. A cambio de una lista desconcertante de las ordenanzas y decretos que rigen la máquina universitaria de su patria, con una vivacidad y una soltura oratorias que, por muy peninsulares, riñen a ratos con la índole disciplinada del francés, prefiere comunicarnos sus propias y conmovidas reflexiones; y como él avizora siempre lo nativo en función de lo universal, más que de la universidad italiana nos habla e informa de la totalidad de la vida intelectual.

Repetidas veces, al deplorar la pérdida de las viejas libertades estudiantiles de la Edad Media, el menoscabo y la restricción del papel que entonces correspondía al alumno, declara de modo definitivo que las altas necesidades del espíritu y el libre desarrollo de la personalidad del estudiante exigen la amplia intervención de éste en todos, o en casi todos, aquellos asuntos que atañen a la enseñanza y al gobierno de las facultades.

Ahora que entre nosotros el proyecto torpemente reaccionario de los Consejeros de Derecho parece amenazar — no sabemos en que grado — la Reforma del año 18, es conveniente, y como nunca oportuno, destacar que un maestro máximo de cultura proclame, lejos de todo apasionamiento combativo, que el verdadero ideal universitario es el que parte de la colaboración inteligente de profesores y alumnos. Fuera de esto, que al fin de cuentas sólo tiene valor epistémico en el trabajo de Farinelli, las reflexiones que trae para significar la superioridad de la especulación desinteresada frente al estudio inmediato de tipo profesional son tan abundantes y ciertas que su traducción vuelve a encontrar en estas páginas un lugar adecuado.

Y es que *Verbum* — vale la pena señalarlo — es la Revista de la única casa de la Universidad bonaerense donde por encima de ese estudio inmediato, utilizable y monetizable, se cultiva,

como mejor se puede y cuando se puede, el saber gentil y la cortesanía espiritual.

Dice Farinelli :

« De nuestras instituciones verdaderamente universitarias de la Edad Media, sólo queda el recuerdo. Ha sido preciso, después de tantos siglos y etapas de civilización, romper casi totalmente con el pasado, abrir un camino común a los pueblos que nos rodean, el gran camino quizá, y adaptarnos a las exigencias de la nueva vida. No diré que al renunciar a todas nuestras bellas conquistas y soberbias tradiciones, dispuestos como estamos a operar sin tristeza una transformación radical, hayamos hecho bien en separarnos de nuestra legislación escolar del medioevo. Hemos sacrificado así la libertad adquirida, la amplitud de espíritu, la vida en común de maestros y estudiantes, su intimidad, todo lo que hacía tan flexibles nuestra ciencia y nuestra vida, todo lo que en la época de nuestro primer Renacimiento atraía a los extranjeros : franceses, ingleses, alemanes, españoles, a los hogares de nuestra cultura, a Boloña, a Padua, a Pavia. Esta transformación era, al parecer, inevitable ; debíamos ceder forzosamente a otros centros de estudio y de cultura las antorchas encendidas entre nosotros ; y, en la serie de los tiempos y de los acontecimientos, nos era menester renunciar a la irradiación sucesiva de las ideas, buscar en otra parte una dirección para nuestro espíritu. No importa que se nos reproche la servidumbre que nos impusimos después de haber dominado el mundo o la caída lamentable decretada fatalmente contra las naciones que buscan fuera de sí mismas las fuentes de la vida : en medio de nuestros desfallecimientos y de nuestras desgracias, nunca se nos sorprendió, sin embargo, sumergidos nuevamente en la barbarie y el oscurantismo, cerrados a las innovaciones científicas. Y cuando fué preciso sacudir nuestras conciencias, conspirar y luchar para formarnos un Estado, una nación, nuestras escuelas supieron determinar nuestra actividad libertadora, reafirmar el ideal de una patria, de una civilización propia, de nuestra humanidad.

« Cayendo a veces, hemos anhelado una elevación gradual de

nuestro espíritu y una amplificación de nuestros conocimientos; el número de las universidades aumentó de tal suerte que es preciso, aun hoy, quejarnos de su superabundancia. Porque, ¿cómo asegurar la vida y una floración continua a nuestras veinticinco universidades y otras escuelas superiores, implantadas en las provincias del norte y del mediodía? Las menos importantes, orgullosas de sus privilegios, desafían la indigencia de los municipios que las nutren y subvencionan; la de Camerino logró, hace treinta años, pagar sus profesores mediante la tala audaz de los bosques del contorno, ordenada por las autoridades de la villa. Mucho costará a los legisladores de nuestra Minerva para llevar a buen fin la reforma unificadora, para vencer la oposición y los pequeños intereses provinciales y persuadir a los centros solitarios al sacrificio de sus fortalezas de cultura. Arraigadas a su suelo, desprovistas de todo medio para engrandecerse y plegarse a las exigencias de nuestra vida y de nuestra ciencia contemporáneas, parecen condenadas a perecer tarde o temprano. Nos es preciso el despliegue y el desarrollo completo de los útiles de que dispone la ciencia. Nuestras facultades universitarias aisladas, mutiladas, empobrecidas se salvarán de su esterilidad y de su debilitamiento sin gloria desapareciendo. Y esto se producirá en el momento mismo en que la autonomía que esperamos para nuestras universidades principales nos sea asegurada, librándonos de un poder central único de administración que desconcierta la vida so pretexto de reglarla y conformarla a una concepción también única.

«No se nos acusará ciertamente de insensibilidad e indiferencia ante los defectos y las grandes imperfecciones que padecen la organización y el funcionamiento de nuestras escuelas superiores, si se considera la riqueza asombrosa de las reformas proyectadas y a veces, ensayadas, las ordenanzas ministeriales y parlamentarias, las disposiciones, los nuevos reglamentos que nos sorprenden a cada cambio de gobierno, las encuestas sobre nuestros males y nuestras aspiraciones, depositadas en los volúmenes de los investigadores más pacientes. Después de todo, quizá sea el exceso de celo lo que deba deplorarse. Como en Francia y como en Bélgica,

nuestros maestros más esclarecidos, nuestros sabios más diligentes y más respetados no se negaron nunca a sondear los problemas relativos a nuestras escuelas y a nuestra instrucción; ellos han comprendido perfectamente que instruir significaba educar, puesto que la fuerza de Estado y el bienestar de la nación sólo reposan sobre la libertad moral, la armonía, el vigor y la salud de nuestra vida espiritual. Nuestros fracasos continuos van acompañados de tantos esfuerzos serios y sinceros, de una inquietud y de un tormento de conciencia que deben, por cierto, respetarse. Las circunstancias adversas han desbaratado muy a menudo la obra de nuestros más valientes reformadores.

«Fuera preciso ser ciego para no reconocer el malestar real y el desorden de que adolece nuestra enseñanza superior. Con frecuencia la fluctuación constante de nuestras leyes parece contradictoria. La rigidez de las disposiciones y de los reglamentos nos entrega a la confusión persistente aun hoy entre la enseñanza puramente profesional, que exige la garantía y la sanción del Estado, y la enseñanza científica, que escapa a esta vigilancia y que no es sino una escuela de la libertad perfecta y de la independencia del espíritu. Sufrimos todavía a causa de la clasificación fantástica de las ciencias, rotuladas convenientemente para la división práctica de nuestros cursos; sufrimos sobre todo, a causa de la excesiva abundancia de los exámenes. ¿Qué se ha querido reformar desde hace cincuenta años? ¡Y qué lejos estamos todavía de ver caer nuestros prejuicios más funestos! Sin embargo, el hecho mismo de sentirnos enfermos, de tomarnos tan a menudo el pulso, descubre una natural disposición a la salud. Estamos incesantemente en acecho de lo mejor y prodigamos los exámenes de conciencia. Por eso, sólo pedimos un poco de indulgencia para nuestra vigilancia tan activa y tan escrupulosa.

«Se trata entre nosotros, y yo creo que en todas partes donde se practique seriamente la educación de la personalidad, de no esterilizar y paralizar las fuerzas naturales. Se trata de organizarnos, maestros y alumnos, en afectuoso lazo, para un trabajo serio que nos preserve de lo que hay de vacío y de falso en la vida, se trata

de nutrir y de refrescar de continuo las fuentes de nuestros conocimientos en lugar de secarlas bajo un confuso hacinamiento erudito. No nos quejaremos en modo alguno de las reformas más atrevidas y hasta más radicales que se quiera decretar, con tal que ellas nos encaminen hacia la luz y la armonía. Es preciso que ellas quiebren todas las cadenas que estorban la personalidad, librándola del peso de una imposición exterior y obligándola a un aprendizaje perpetuo. No olvidamos, empero, que toda reforma verdadera deriva, más que de los programas, de la naturaleza de los hombres, de la bondad de los maestros y de los guías del espíritu.

« Buenas o malas, nuestras universidades han nutrido a las inteligencias más ilustres de Italia; y es preciso que ellas desplieguen un fondo real de energía, a despecho de la herrumbe de su máquina reglamentaria y de la uniformidad desoladora de sus prescripciones. Se encuentra por todas partes, en el norte y el mediodía, en esos centros universitarios, maestros que se destacan realmente, inteligencias originales y, digámoslo, creadores conocidos y respetados en el extranjero. Las falsas glorias caen pronto y sabemos caminar sin ellas. No diré que la labor de nuestros alumnos sean siempre inteligente y que no haya necesidad de aligerar el peso de sus estudios. El « surmenage » es a veces tan peligroso como la misma ociosidad. Con todo, penetrad en sus santuarios, y quedareis sorprendidos de su actividad y de su espíritu de abnegación. El descontento y las pequeñas rebeliones, el cansancio y el abatimiento de los desorientados interrumpen apenas el curso de la vida que fluye a chorro pleno. Las bibliotecas hormiguean de lectores, los laboratorios de jóvenes obreros. Se evita los grandes discursos, las alocuciones pomposas e inútiles. El trabajo verdadero seduce. La colaboración del maestro y del alumno comienza. Nuestro malestar material, acrecido enormemente después de la guerra, nos parece insoportable; las cajas están vacías, los salarios de los profesores inspiran piedad, nuestros edificios escolares se derrumban o carecen de lo necesario. Los útiles, frecuentemente los más indispensables, nos faltan; muchas tormen-

tas han pasado sobre nuestras cabezas y hemos asistido a la brusca inversión de los valores de la vida y a las bancarrotas de las ciencias, tantas veces proclamadas. Y sin embargo, todavía no estamos dispuestos a doblegarnos y a dejarnos anonadar. Entre nosotros, el celo aumenta aumentando la pobreza; los desfallecimientos administrativos, nuestra indigencia universal, todo puede servir para fortificar nuestra conciencia. Nuestra fe aumenta a medida que los obstáculos se multiplican. Con este estoicismo en el sufrimiento, éste entusiasmo en el infortunio, esta religión de la enseñanza que impone el sacrificio de carreras más cómodas e infinitamente más lucrativas, la mirada fija en nuestra estrella, por encima de las tinieblas que nos rodean, ganaremos, espero, un poco de la simpatía y del amor de nuestros hermanos de combate en las naciones más felices, dotadas de ventajas que entre nosotros quedan relegadas a la categoría de los sueños y de los deseos.

« Por eso nos esforzamos para convencer a todo el mundo que la instrucción en nuestras escuelas debe absorber los deberes más sagrados de la nación y del Estado. Instruir es formar al hombre, forjar su carácter, desarrollar el alma individual y, en consecuencia, abrir a la vida lo que llamamos el alma de una nación. Toda ligereza se venga de nosotros y nos sumerge de nuevo en el error y la oscuridad. ¿No vemos, acaso, que nuestros mejores filósofos, nuestros mejores historiadores y hasta nuestros más inspirados poetas han considerado siempre los problemas de la escuela como los problemas fundamentales de la vida? ¿No vemos que han pleiteado como convencidos moralistas para traer a su causa a los maestros que dirigen y custodian la educación de la juventud? ¿No preconizan, a su vez, las reformas más indispensables para la organización de nuestros estudios y que responden a nuestras necesidades más íntimas, que son el ritmo de la vida de nuestro país?

« Si a veces, en la sucesión de los acontecimientos, hemos concedido sobrado lugar a las reformas demasiado bruscas, que rompían totalmente con el pasado, borrando nuestros recuerdos y nuestras tradiciones, ello ha sido por distracción, por haber olvidado que eramos nosotros mismos; ello ha sido porque los asun-

tos relativos a nuestras universidades no eran todavía para nosotros asuntos puramente y profundamente espirituales. Entonces los ensayos pedagógicos más descabellados nos tentaban; la imitación reemplazaba a la creación. Nos volvíamos hacia Francia, hacia Suiza, hacia Alemania y hasta hacia la misma Suecia; parecíamos separarnos resueltamente de los derechos adquiridos, de las libertades espirituales proclamadas en nuestras gloriosas universidades de la Edad Media. Y eran ellas, preferentemente, las que Alemania, adhiriendo a la escuela de nuestros antepasados y modernizando nuestros privilegios, nos devolvía e imponía como modelos.

« Tocar la cuestión de la enseñanza, es tocar las raíces más profundas de la vida nacional; es atisbar la respiración misma de esa vida. Y puesto que un sistema de educación elegido por el Estado, dispuesto convenientemente en una serie de leyes y prescripciones, debe regular nuestro desarrollo y preservarnos de la anarquía, del desorden y la desviación; puesto que la máquina de la burocracia reglamentaria debe funcionar, nuestro ideal será siempre el de simplificar esta máquina hasta donde sea posible y el de considerar la educación como un problema exclusivamente supeditado a nuestra vida interior.

« Conservémosle al espíritu su flexibilidad natural, su apetito de libre expansión, sus inclinaciones, todo el fuego que lo anima. La unidad más rígida de nuestro organismo universitario no debe confundirse con la uniformidad de una ley grosera y limitada que pretenda fundir un millón de espíritus en el mismo molde, inclinar todas las cabezas ante una voluntad única, efectuar una educación completamente mecánica que oprima la individualidad y mortifique el alma.

« Todo lo que en nuestra enseñanza universitaria ha sido usurpado por el esfuerzo y la violencia, debe ser concedido en adelante a las inclinaciones espontáneas y al amor. No tengamos más preocupación que la de despertar los espíritus, que la de capacitarlos para adquirir por sí mismos, libremente, las luces y los conocimientos que deben guiarlos en la vida. Lejos de yuxtaponerse

al saber defectuoso del alumno dócil, nuestra enseñanza debe ser la continuación natural y afectuosa de un aprendizaje que, alejado de la capacidad y de la experiencia de los maestros, esté impuesto por la conciencia individual del educando. Esta adherencia al espíritu y al sentido íntimo del alumno nos impone una colaboración más que una instrucción verdadera, la cadena ininterrumpida de una enseñanza natural. Y ya sabemos, señores, que sólo terminaremos de aprender en acabando la vida. ¿La ciencia almacenada en los libros, dada a los alumnos que recién despiertan al primer frescor de la vida, es suficiente, acaso, para la verdadera alimentación del espíritu? Y, ¿aun en las ciencias más vastas y positivas, no queda un fondo virgen susceptible de una nueva fecundación que engendrará las verdades y los descubrimientos del porvenir? En ninguna parte la estabilidad se encuentra más molesta que en el dominio de la enseñanza. La naturaleza y la vida no exigen las repeticiones y las reproducciones, la perpetuación de las mismas creencias y de los mismos conocimientos. La naturaleza y la vida no quieren hijos que se parezcan en todo a sus padres, alumnos que sean un calco del maestro; y esta marcha eterna, está transformación irremediable de todo lo que vive es una condición de nuestra existencia. Todo deviene; nada se termina sin que, a su vez, no sea retomado por el trabajo humano, remoldeado y modificado hasta el infinito.

« Por eso un maestro verdadero nunca exigirá a su discípulo el reflejo de su propio saber ni se gloriará de haber enriquecido maravillosamente a sus adeptos con los conocimientos más vastos y más sólidos. El sólo prestará su fuego para encender las chispas que dormitan en el alma de los adolescentes y de las jóvenes que se le confían. Más que el saber, es la disposición a la sabiduría lo que conviene desear; poner al estudiante en condiciones de reflexionar por su propio cerebro, de emplear y desarrollar todas las energías interiores, de tener su discernimiento, su opinión propia, una voluntad fuerte, una conciencia recta, un espíritu justo, el deseo del bien y el deseo de la virtud, el horror por el utilitarismo vulgar, el amor al trabajo, la aspiración de acrecentar sus luces y

su saber por su propio esfuerzo, elevándose gradualmente, templando su carácter, fortificando su voluntad. He aquí la misión ejercida por un maestro al que se ama y se respeta. No se le pide la formación de máquinas prodigiosas, y sí la de hombres despegados, la de caracteres que, a su contacto benévolo y paternal, den salida, con toda la flexibilidad de su espíritu, a su anhelo de independencia y de libertad. ¿Cómo olvidar que toda instrucción debe transformarse necesariamente en educación moralizadora, que el alumno que estrechamos sobre nuestro corazón es el ciudadano ideal, mejor sin duda que nosotros, más dotado, más vivo, más inteligente, puesto que también es más joven? La pedantería de los empecinados en reclamar la acumulación del saber adquirido en el cerebro de los alumnos es un crimen, sin duda, cuando se trata de la educación de las mujeres jóvenes. Muchas de ellas están destinadas a ser madres; nada las resarcirá de haber esterilizado su alma y apesadumbrado su discernimiento; hubiera sido menester competir en ternura y delicadeza, proveer a la educación de su sensibilidad, ahogar suavemente en ellas, con la pureza y la elevación del saber, los gérmenes, si los había, de las disposiciones hacia los intereses demasiado prácticos y bajos.

«La ciencia que los maestros administramos es una decoración inútil si no la aproximamos a la vida, si con ella y la vida no hacemos una sola cosa. Italia ha tenido la suerte de llevar repetidas veces como ministro de instrucción a las mas hermosas inteligencias, a hombres avezados en ejercicios especulativos, críticos, filósofos que vivían no solamente en el santuario aislado de su conciencia, sino también en el corazón mismo de la nación. Es una buena garantía que junto a las necesidades prácticas del país, el acceso a las carreras profesionales del Estado, no se descuide nunca la vida verdaderamente superior del espíritu, la más apta para fortificarnos en lo interior, para formar los caracteres, para desarrollar las inclinaciones naturales, para producir, en fin, las personalidades verdaderas. Si las fuerzas de nuestros organizadores, por la tiranía de una burocracia nefasta y complicada, han resultado fallidas repetidamente, la

actividad del nuevo ministro se abre bajo los mejores auspicios, promisoros de un despliegue de energía que producirá, así lo espero, los más saludables efectos. Si las ideas que animan su idealismo filosófico triunfan sobre la fuerza adversa de los prejuicios de una legislación rutinaria, más difíciles de destruir en Italia que en cualquiera otra parte, se asegurará el restablecimiento del orden y de la disciplina en nuestros institutos superiores, se terminará con todo sistema retrógrado y pedante. Las funciones administrativas no entorpecerán el libre desarrollo del espíritu y de la inteligencia. El exceso de uniformidad que sufrimos cesará con nuestra fuerza. A semejanza de la libertad de nuestro pensamiento, la perfecta independencia científica y pedagógica nos es tan necesaria como el oxígeno en el aire que respiramos. Que cada uno de nosotros haga, pues, su deber; que la responsabilidad de nuestras acciones pase del gobierno a los profesores y a los estudiantes, y ya no cometeremos el error de quejarnos siempre de las instituciones. La autonomía de la enseñanza unida a la de la administración concedida a cada una de nuestras universidades, nos obligará a buscar en nuestra alma y en nuestra conciencia las leyes, las reglas y los preceptos de que tenemos necesidad para administrar por nosotros mismos nuestra justicia y para marchar rectamente a nuestro fin, llenado la misión sagrada que cada uno debe imponerse.

« El Estado cuidará de obtener su provecho de la escuela especial y profesional, que debe prosperar sin confundirse con el estudio perfectamente desinteresado de la libre investigación científica. Esta escapa a las carreras del Estado y a sus funciones, por pertenecer al dominio único del espíritu universal. La mayoría de los abusos y debilidades que se deploran derivan de la confusión de las dos escuelas, una de las cuales obedece solamente a un principio utilitario y práctico. El examen profesional, fijando las exigencias del Estado, dando las garantías necesarias para el valor y la capacidad de sus funcionarios y empleados, y determinado por una serie de estudios escogidos y organizados, nos librárá de esta rigidez que se impone todavía a todos los

estudiantes en todas las facultades sometidas únicamente y desde un principio a la escuela oficial. Esta escuela invade aun hoy todos los dominios del espíritu, carga a los estudiantes de exámenes y prescripciones, los obliga a frecuentar cursos que aborrecen, los fuerza a la acumulación de las materias más desemejantes, los inclina bajo el peso más inútil y más nefasto para la vivacidad de su inteligencia. Toda barrera caerá; y, sin entorpecimientos, sin violencias, sobre el camino libre y abierto a todos los horizontes, ese mismo estudiante seguirá el estudio consagrado a la investigación independiente, voluntaria, espontánea, dirigida y exigida por las aptitudes y las disposiciones individuales, reconocida y recompensada, si se quiere, por un diploma de carácter científico pero de ningún modo práctico.

«Para estos estudios, libres y verdaderamente humanitarios, la elección de los maestros, como así también la de las materias que ha de cursar, sólo podrá ser determinada por el juicio y la conciencia del estudiante. Su vocación particular permanecerá inviolada. Sus guías deben respetarla y cultivarla. Tendrán cuidado de llevarlo suavemente, sin esfuerzos, a las fuentes más frescas de la ciencia que abrevan a las facultades creadoras. La asistencia obligatoria a clase es un contrasentido, y lo es también la clasificación arbitraria de las ciencias y de las materias, hecha según exigencias utilitarias que el espíritu rechaza y condena. Realmente es envenenar la vida cuando se la somete al hastío de un estudio infructuoso, a ejercicios estériles que repugnan y consumen el tiempo más oportuno para el florecimiento de la juventud. Todos estos fragmentos, estos mosaicos de ciencia que se adquieren con un trabajo forzado, que no responde a ninguna voz interior, no valen remotamente esta verdad modesta, impregnada por el aliento y el calor de nuestra alma, que se adhiere al alma misma y forma con ella una sola substancia. El espíritu rompe naturalmente las cadenas que se le imponen y corre hacia la vida. Y más vale el desborde de esta vida que no su estancamiento. No tenemos más deber que el de despertar estas inteligencias juveniles, de ponerlas en movi-

miento, de destruir la apatía, de inspirar el amor al trabajo y a la investigación libre y desinteresada. El alumno aprenderá pronto, después de los primeros tanteos, a evitar la enseñanza que le es forzosamente extraña y a elegir las ciencias que lo nutren de un modo efectivo y que responden a la naturaleza de su espíritu y a sus aspiraciones más íntimas.»

«La dependencia de todos los medios universitarios de un sólo centro de gobierno y de administración cesará en el momento en que se nos otorgue la autonomía completa que se nos acaba de prometer. Puesto que la fecundación de la enseñanza no puede realizarse sino por el amor, por el acuerdo perfecto y por la colaboración activa e inteligente de los maestros y de los estudiantes, es claro que todos nuestros esfuerzos deben concentrarse para la formación de una verdadera familia universitaria, que producirá este amor, este acuerdo y la disciplina y la armonía necesarias para el libre desenvolvimiento de nuestros estudios».

«Esta familia vivirá en los medios intelectuales diseminados en las diferentes provincias, en plena independencia, confiada a sus propias energías, ligada, se entiende, con toda la nación que ella representa, pero sin cuidarse de imitar un modelo único ni de rivalizar con otros medios. Es absurdo pretender que todas nuestras universidades abracen, a su vez, todas las ramas de los conocimientos humanos. Si la escuela debe aproximarse a la vida, parecerá cosa natural que se atienda al medio social en que ella puede prosperar, a las necesidades regionales que, como se sabe, varían del norte al sud, y dividir así fraternalmente los medios de fecundación, esto es, favorecer donde más convenga, según las aptitudes de las diferentes poblaciones, sus tradiciones, riquezas, los medios de trabajo que ofrecen, el desarrollo de algunas cátedras determinadas, con la condición de que allí prosperen. Pavía y Pisa no podrán pretender, para sus pequeños círculos, un desarrollo de todas las cátedras como las que se han instalado fácilmente en Roma o en Nápoles. El lujo de las bibliotecas, al corriente de las nuevas publicaciones, de los laboratorios para las

ciencias experimentales, de los gabinetes de trabajo, de los institutos, archivos o seminarios, no tiene, en los días que corren, nada de superfluo. Por eso, la desaparición de las universidades ínfimas, que vegetan apenas, resultará inevitable, tanto más cuanto que éstas no bastarán nunca para dar a sus alumnos la instrucción necesaria para la opción a los nuevos diplomas estrictamente científicos».

« Sin duda convendrá mucho más contar con dos o tres representantes de valor en cada una de las ciencias profesadas, que no el disponer de una muchedumbre de maestros mediocres que ocupe un lugar inmerecido en las veinticinco universidades del reino. Será preciso permitir a nuestros estudiantes trasladarse de una ciudad a otra y elegir libremente, no importa donde, el maestro o el guía que más le convenga. Hasta será preciso permitirles que los abandonen si otros guías lograsen atraerlos más poderosamente. Lo que importa, es la vida espontánea y sincera en los hogares de estudio, los cuales no deberían ser otra cosa que un ensanchamiento de la familia. La concurrencia para la admisión a los cargos más elevados de nuestra enseñanza me parece harto natural, pero no creo que sea éste un asunto en que el Estado deba mezclarse. Cada facultad podría muy bien proveerse a sí misma y determinar la elección más conveniente de sus profesores, puesto que los nuevos maestros serán necesariamente nuevos hermanos en el círculo familiar, obligados ellos también a esa colaboración afectuosa e íntima en que debe resolverse toda instrucción verdadera. Será preciso, además, para fortificar esta vida, que deseamos libre y sin obstáculo, abierta a todas las manifestaciones del espíritu, oponer al reino actualmente cerrado de las diferentes facultades, un reino universitario menos rígido, y organizado de manera que sea posible acercar unas a otras todas las ramas del saber, separadas todavía, según parece, por un abismo; será preciso que se fecunden mutuamente sin dejar por ello su dominio y su fisonomía particular, realizando así esa unidad espiritual que debe ser nuestra aspiración constante, el ideal de la ciencia verdaderamente humanitaria y universal ».

« Italia cuenta apenas con la iniciativas privadas que tanto abundan en otros países y que han enriquecido las escuelas más importantes de Inglaterra y de América. Pero si en lo venidero, gracias a la munificencia de algunos hombres selectos, lográsemos poseer institutos y colegios superiores dignamente subvencionados, tales como el Instituto Pasteur, el Instituto Rockefeller o vuestras recientes instituciones belgas, el Estado no tratará de condenarlos a una acción separada y al aislamiento. Es preciso que esos institutos actúen en perfecto acuerdo con las universidades, que gocen de nuestros privilegios, de nuestras franquicias, de nuestra independencia. ¿Esas instituciones libres, tan florecientes aquí en Bélgica, no han roto con nuestro convencionalismo, no han afinado y adiestrado las inteligencias con ideas nuevas y atrevidas, librándolas de la pesadez y de la torpeza académicas? ».

« No creo que se pueda pecar al mostrarse indulgente y conciliante, al procurar constantemente la armonía de la vida y de la ciencia, al reunir todas las energías dispersas que deben converger hacia un sólo centro, hacia al fuego, hacia al sol de nuestra existencia que brilla en lo interior, allí donde la chispa divina se enciende en el hombre. Todos los métodos serán respetados con tal que conduzcan a la búsqueda sincera de la verdad y al aumento de nuestras nociones. La teoría no pugnará con la práctica una vez que el equilibrio de nuestras fuerzas actuantes sea restablecido en el régimen perfectamente libre de nuestras escuelas superiores. Es así como todas las energías individuales podrán desarrollarse para formar hombres, caracteres, personalidades vivas. La instrucción, es decir, la educación continua, no podrá contrastar con las necesidades y los intereses de la sociedad. Queremos la unidad de la vida y su elevación perpetua en medio de las disparidades y de las divergencias infinitas de la vida ».

« Una armonía concebida de esta suerte, cuando por todas partes estamos amenazados de luchas y discordias, cuando las rivalidades se apaciguan apenas y las tormentas de los pueblos y de las naciones rugen todavía; una cohesión íntima de todas nuestras fuerzas intelectuales nos llevarán a facilitar por todos los medios — por

subsidios y bolsas — la difusión del saber. Y así como permitiremos a nuestros estudiantes emigrar de ciudad en ciudad para nutrir y ensanchar su espíritu al contacto de los maestros que por sí mismos quieran escoger, también les allanaremos el camino que los conducirá al extranjero. Llegado el caso de que descen adquirir allá nuevas nociones y hallen mejores guías que los que tienen entre nosotros. De igual modo debemos desear y favorecer la presencia de los alumnos extranjeros en nuestros centros universitarios, no solamente para renovar la amistad y la camaradería que distinguía a nuestras bellas escuelas de la Edad Media, sino por amor a la ciencia misma, inspirado por los sentimientos más profundos de tolerancia, respetando todas las opiniones, todas las creencias, todas las concepciones de la vida y del mundo.

Tenemos la firme convicción de que el egoísmo nacional empequeñece el espíritu en lugar de abrirlo y ensancharlo. Nuestra ciencia alcanza recién todo su valor cuando se la considera como la irradiación de la idea que luce universalmente por encima de las barreras que alzan los pueblos. No se nos llamará ni se nos tendrá por sabios si no extendemos la fraternidad, el acuerdo perfecto, el amor y la necesidad de colaboración que deben reinar en las universidades de nuestra patria a todos los centros intelectuales de los países donde se forma la inteligencia y se temple el carácter de la juventud. Aspiramos a ser ciudadanos de una sola república, reino espiritual si os parece mejor, donde brille un sólo ideal anchamente y profundamente humano de justicia, de armonía y de paz.

(Trad. de Angel J. Battistessa).